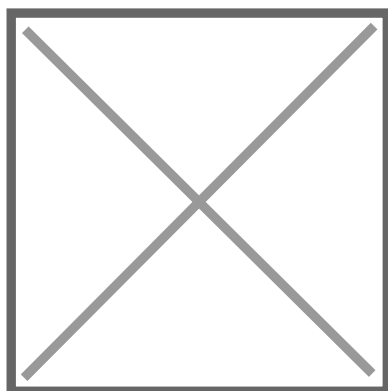




La gloria de Borges

En la paz de una casa de playa, junto al Caribe, me llega súbitamente la noticia de la muerte de Jorge Luis Borges. Me la da una agencia informativa internacional para pedirme alguna apresurada declaración que pueda aparecer, prontamente, en los diarios y en los medios masivos de comunicación. No será mucha el interés que despierte en esta hora entre tanta gente que nunca lo ha leído y que no tiene de él sino aquella remota imagen del anciano ciego, casi ajeno al mundo, en estos días en que todo está dominado por la información del Campeonato Mundial de Fútbol y en que nadie parece interesarse por otra cosa que por las hazañas de los campeones del arte pedestre de dar patadas con tino. Tal vez no le hubiera disgustado a él esa incompatible coincidencia que pone de manifiesto tantas cosas significativas y ominosas.

No vine a conocerlo personalmente sino ya tarde. No formaba parte de las tertulias literarias de París y Madrid en los años en que yo andaba por allí, sino que permanecía en Buenos Aires, desde donde llegaba su poesía en las revistas ultraístas. Era el tiempo de la revista "Proa" y de la publicación tímida de "Fervor de Buenos Aires". No fue la suya una aparición fulgurante. Hubo toda una lenta maduración y búsqueda de su palabra. Es más tarde, cuando se publican sus relatos extraños y suscitadores, que comienza la manera definitiva que le va a asegurar un prestigio literario universal.

Lo vine a encontrar, por primera vez, en Buenos Aires, hace unos veinte años, cuando fui a recibir el Premio Alberdi-Sarmiento y él tuvo la mesura de hacer mi presentación en el acto público, con expre-

siones de la mayor generosidad. Fui a encontrarlo en el piso alto y oscuro de la gran biblioteca, escondido casi en el fondo del laberinto de libros, con su voz pausada y sus gestos frágiles de invidente. De inmediato hablamos como si nos hubiéramos tratado desde siempre. Su lenta y tenue voz iba hilando un tema tras el otro en un tono de confianza y de gozosa sorpresa ante lo que decía.

Años más tarde, entre 1973 y 1979, lo encontré con alguna frecuencia en sus viajes a París. Yo representaba entonces a Venezuela ante la Unesco y mi excelente amigo el embajador Víctor Massuh me invitaba cada vez a comer con él, en un maravilloso apartamento cuyos altos ventanales daban al Arco de Triunfo.

Oírlo hablar permitía comprender, en buena parte, el carácter de su literatura, parecía estar metido en otro espacio y luego en otro tiempo que poco tenía que ver con el que habitásemos los demás. Cualquier nombre al azar lo sumía en una especie de monólogo confidente en el que parecía buscar algo que hasta entonces no había conocido. Daba la impresión de estar sumido continuamente en un estado subconsciente de elaboración poética, para el que lo ayudaba el aislamiento de su coquedad.

Había logrado la muy difícil hazaña de poder continuar su obra sin escribirla directamente. Debía ser un terrible y casi heroico proceso de readaptación y cambio, que él logró realizar con admirable voluntad creadora. Dictaba, en un tiempo a su madre o a algún amanuense admirativo y, en los últimos tiempos, a María Kodama, esa mujer plástica y devota que lo ayudó a vivir y a crear en sus últimos años.

Me decía que en la noche, cuando se quedaba solo, componía versos que podía memorizar al favor del ritmo o esbozaba un cuento, que al día siguiente dictaba con aquella voz que parecía tan vacilante y al mismo tiempo tan profundamente segura del valor de cada palabra.

Su obra es extraña y única, en muchos sentidos. En rigor no pertenece a ninguna época y a ninguna tendencia. El mismo no se sentía de ninguna época precisa. Mentalmente pasaba de un tiempo a otro y hasta de una lengua a otra, viva o muerta, en busca de alguna cartidumbre preciosa para él. Con alguna frecuencia le decía a los periodistas que lo hostigaban frases de expresiones que causaban cierto escándalo, como una especie de reacción de defensa.

En cierta ocasión se expresó en términos muy desfavorables de la lengua española. Cuando le pregunté, con sorpresa, la razón para decir cosas semejantes me respondió: "Eso lo digo a veces para quitarme de encima a alguien, pero yo no lo pienso así. El español es una lengua maravillosa. Pienso usarlo que es la única que tiene cuatro verbos auxiliares y en la que se puede colocar, indiferentemente, el adjetivo antes o después del nombre".

Por muchos años lo acompañó el escándalo de que no le dieran el Premio Nobel de Literatura. Ahora pienso que fue mejor así. La ausencia de su nombre en la lista de los laureados, muchos de los cuales no se le podían comparar, a quien perjudica no es a Borges sino al Premio Nobel. Así ha quedado para siempre en otra categoría única, que es la que le pertenece en la historia de la literatura universal, con muy pocos otros.

Arturo Uslar Pietri.

el Sur, Concepción, 22-VI-1986 p. 3.

La gloria de Borges [artículo] Arturo Uslar Pietri.

AUTORÍA

Uslar-Pietri, Arturo, 1906-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La gloria de Borges [artículo] Arturo Uslar Pietri.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile